



RECENSIONES

Daniel MENOZZI, *Crociata. Storia di un'ideologia. Dalla Rivoluzione francese a Bergoglio*, Roma, Carocci editore, 2020, 234 páginas, por Rafael Serrano García (Instituto Universitario de Historia Simancas-Universidad de Valladolid), rafael.serrano@uva.es

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2022.6503>

El historiador italiano Daniele Menozzi, profesor de la prestigiosa Scuola Normale Superiore de Pisa, gran conocedor en la historia del catolicismo en la época contemporánea y cuya extensa obra empieza a ser conocida en España (*Iglesia y derechos humanos*, Zaragoza, PUZ, 2019) nos invita en uno de sus últimos libros a recorrer los significados cambiantes que, partiendo de 1789 va a asumir el término *cruzada*, muy distantes en una mayoría de los casos de su sentido original, medieval, de expedición militar convocada por el pontífice para liberar los Santos Lugares pero que, dentro de esa polisemia y acusando una banalización en ciertos casos, expresan a menudo la voluntad de asignar una legitimación religiosa al recurso a la violencia bélica que conllevaría la salvación –no necesariamente desde una perspectiva cristiana- para quienes la ejecutaran. El autor ha partido de un examen riguroso de la abundante bibliografía disponible, ha recurrido ampliamente a los pronunciamientos pontificios y a la teología católica y se ha interesado asimismo por la presencia de la cruzada en el arte y en la literatura (de hecho, el libro está bellamente ilustrado). Todo ello acompañado de un uso muy competente de conceptos procedentes de campos como la filología o la semántica.

Esa polisemia, que trasciende a la época medieval, convertiría a la persistencia en el uso del término en una ideología que da amparo a objetivos no solo religiosos sino también seculares (políticos, económicos, sociales...). En época contemporánea, además, el término se ha usado para referirse a combates o luchas en realidad pacíficas debido a la eficacia movilizadora y propagandística atribuida al vocablo o por su connotación intransigente, radical, aunque los objetivos de ese combate estuvieran totalmente alejados de las expediciones militares medievales: cruzada antitabaco, cruzada antidivorcista... En cualquier modo el término ha revelado una gran plasticidad y capacidad performativa, sirviendo de soporte a significados cambiantes en distintas coyunturas históricas.

Parece pues necesario, al usar la categoría de cruzada, proceder a su historización para evitar caer en anacronismos. Aunque también es cierto que la persistencia en su uso invita a preguntarse si no denota en el fondo alguna forma de continuidad, la existencia de un algún vínculo entre el pasado y el presente. Y, yendo más lejos, si la cruzada, como forma de sacralización de la guerra, no representará en realidad un dato permanente de la cultura occidental lo que explicaría su reaparición en coyunturas dramáticas como la que se abrió tras los atentados contra las Torres Gemelas de 2001.

Se detecta, pues, la fragilidad, en el plano del conocimiento, del debate historiográfico en torno a la licitud de reintroducir la cruzada como instrumento interpretativo de la realidad actual. De tal apreciación ha brotado la idea de llevar a término una investigación sobre el uso efectivo de la palabra por los actores de los acontecimientos examinados cuidando de situarlos (tanto a ellos como a sus usos lingüísticos) en una correcta perspectiva histórica. Un examen que arranca, como señala el título mismo de esta obra, de la Revolución francesa; algunos de cuyos actores, como el girondino Brissot se adueñaron ya del término para, depurándole del sentido negativo con que le había connotado la cultura de la Ilustración (que le había asociado al fanatismo, a la ignorancia) invitar a una cruzada por la libertad universal.

Ese cambio de sentido asignado al vocablo no tuvo empero mucho eco entre los revolucionarios en tanto que la reapropiación será un hecho duradero en el lado de la contrarrevolución con vistas a justificar y legitimar una intervención político-militar que diera al traste con la obra iniciada en 1789. En este proceso de valoración positiva y de aplicación a los tiempos presentes, jugó un papel pionero un exjesuita español refugiado en Italia, Francisco Gustá, para quien la radicalidad del choque entre el orden antiguo y el promovido por los revolucionarios justificaría el que los pueblos se armaran contra el enemigo común bajo la consigna medieval, salida de labios del papa, de *Dio lo vuole* (“Dios lo quiere”).

Al sacerdote español se debería, pues una aportación específica a la cultura contrarrevolucionaria consistente en la reactualización de las cruzadas medievales como respuesta que era necesario dar al ataque de la Revolución a la religión católica. Un requisito indispensable en todo este razonamiento consistía en que, como antaño, la cruzada debía de ser proclamada por el pontífice, y aunque Roma no llegó a dar el paso, no lo descartó del todo, por la eventualidad de un ataque a la ciudad eterna. De hecho, varios soberanos europeos se lo pidieron al papa y hubo negociaciones diplomáticas de hecho con el emperador austríaco, pero el papa Pío VI desistió de proclamarla pese a las reservas de quienes defendían esa opción, como el eclesiástico Marchetti.

La recuperación y resignificación de las cruzadas conocería un nuevo impulso con el Romanticismo, merced al gusto por la Edad Media y al sesgo historicista del movimiento. El enfoque va a ser igualmente positivo (corrigiéndose las críticas ilustradas) y erudito, publicándose algunas obras que tendrían un éxito duradero como los siete tomos que dedicó al tema Jean-François Michaud. Y ese interés se alimentaría asimismo de la literatura y las artes, en parte por el mecenazgo de Luis Felipe, un soberano apasionado por la historia.

Pasamos así a la coyuntura revolucionaria, con una orientación marcadamente nacionalista, de 1848, que supuso la entrada en una nueva fase, la de la nacionalización de la categoría, auspiciada en el caso italiano por diversas personalidades involucradas en el *Risorgimento*, laicos y clérigos (Massimo D'Azeglio, A. Gavazzi, por ejemplo), militares y civiles, que de diversas maneras y recurriendo a todo un arsenal simbólico y propagandístico intentaron lograr que el pontífice, a la sazón Pío IX, proclamara una nueva cruzada para la liberación de Italia, sin conseguirlo. Y en este punto ha de recordarse que ese gesto de la Iglesia –que reivindicaba el ser la depositaria única del derecho a sacralizar la violencia– constituía un requisito esencial.

En cualquier modo, el caso italiano denota que se estaba produciendo un deslizamiento semántico del término “cruzada”, que pasaría de significar liberación de los Santos Lugares a liberación de la nación. Pero en contraposición a su uso patriótico se llegó incluso a hablar de una “novena cruzada” para enmarcar las iniciativas tomadas en los medios católicos más militantes en la década de 1860, con objeto de impedir por la vía de las armas que el pontífice fuera despojado de su poder temporal. Ciertamente, aunque su titular siguió negándose a predicar una nueva cruzada con ese fin, el recuerdo de las expediciones medievales planeó, de forma explícita o implícita sobre los ambientes católicos que defendían la soberanía temporal del papado. El propio Pío IX presentaría como mártires a los fallecidos por esa causa, así a los *zuavos* caídos en la batalla de Castelfidardo.

Ello probaría que en el discurso católico, polarizado cada vez más hacia el combate contra la secularización la referencia a la cruzada tenía un encaje del todo lógico, si bien León XIII le imprimiría un nuevo significado al enfocarla desde una perspectiva espiritual (aunque con fuertes resonancias en el campo político) dentro de la batalla que el movimiento católico debía librar contra la secularización en la que el arma principal sería la oración.

En el curso de pocos años el sustantivo volvió a cobrar plena actualidad, con la Gran Guerra, detectándose discursos en los países involucrados en que la intervención en la misma

será presentada como una guerra santa, como una cruzada, evidenciando la voluntad de sacralizar la violencia. Con un importante matiz, sin embargo, y es que ello se vinculó a la sustitución del Dios cristiano por la patria y a la promoción de la nueva religión política de la nación, que no implicaría ya obediencia a los dictados de la autoridad eclesiástica. Aunque ello no iba a impedir, de todos modos que el léxico de la cruzada no se volviera también fundamental en la concordancia entre religión de la nación y catolicismo de forma que los caídos por la patria serían en realidad mártires que tendrían asegurada la salvación eterna.

Una nueva secuencia en este proceso de resemantización del vocablo sería el de su ideologización, desempeñando un rol primordial en que se diera ese paso la Guerra Civil española que, partiendo de la ideología de la cristiandad será definida por los sublevados como una cruzada, lo que implicaba que el concepto adquiriera un claro sesgo ideológico, como se pone de relieve en distintos boletines diocesanos o en una significativa pastoral de Isidro Gomá. Y si bien Pío XI no llegó a dar el paso de sacralizar la acción militar conducida por los sublevados, otro prelado español, Pla y Deniel, desarrolló una hábil argumentación para demostrar que la bendición impartida por el pontífice a un grupo de peregrinos españoles en Castelgandolfo y su propia alocución contenían una plena legitimación del enfoque de la sublevación militar en términos de cruzada, significado que subyace a la carta colectiva del episcopado español de julio de 1937. Algunos intelectuales o teólogos católicos, en cambio, como Maritain o Journet, se opondrán a la sacralización de la guerra y a la equiparación de la librada en España con las cruzadas.

El conflicto español no monopolizó el recurso al vocablo o su ideologización en el contexto de la lucha anticomunista, proporcionando la *Operación Barbarroja* un buen ejemplo sobre el que no nos detendremos ya; como tampoco en las reservas y cautelas de la Santa Sede, que saldrá del impasse suscitado por la guerra española con el nuevo giro semántico contenido en el discurso radiado de Pío XII de la Navidad de 1942 en el que hará un llamamiento a una “cruzada social” para que la reconstrucción de la vida colectiva al término del conflicto se llevara a cabo bajo un régimen de cristiandad. Esa nueva línea pontificia no implicó, según el autor, el abandono de la ideologización del término. La rápida entrada en la guerra fría después de 1945 contemplaría, por otro lado, nuevos usos, como sucederá en el mundo anglosajón (la *Crusade for Freedom*), en tanto que el papado apoyaría inicialmente la “cruzada por un mundo nuevo”, propuesta por el jesuita Riccardo Lombardi aunque luego el pontífice le imprimió una orientación anticomunista. Lo que es más relevante es que este sesgo del papado vino acompañado, tras la revuelta húngara de 1956, de la reivindicación de la prerrogativa pontificia

de llamar a una cruzada para la defensa de la fe. La posterior distensión entre los dos bloques atenuó sin embargo el recurso eclesiástico al léxico de la cruzada.

Concluye el autor con unas consideraciones sobre el mundo actual, muy marcado por las tensiones por lo que se ha presentado como un choque de civilizaciones, entre el Islam –sus sectores más radicalizados- y Occidente que han vuelto a poner sobre el tapete la sacralización de la violencia, y llevado a recuperar el vocablo (caso de George W. Bush) poniéndose de manifiesto de nuevo su gran capacidad performativa. A su vez el magisterio papal ha seguido una línea oscilante desde Juan Pablo II hasta Francisco a quien se debe el mérito de haberse distanciado completamente de cualquier tipo de legitimación religiosa de la violencia bélica y de haber desautorizado las cruzadas y la invocación a las mismas, como contrarias al mensaje evangélico (Benedicto XVI se había mostrado en cambio más comprensivo respecto a las cruzadas medievales).